

Panel N° 2

**Aportación del Rvmo. P. Abad Primado D. Rembert Weakland, OSB, al tema:
PLURALISMO MONÁSTICO.**

El P. Pedro Alurralde, con razón, me parece, ve en el carisma propio de cada monje, una de las raíces principales del pluralismo monástico.

PRIMER CÍRCULO:- Hay una tradición viviente monástica en la Iglesia de hoy, porque el Espíritu Santo continúa en la Iglesia de hoy, llamando a unos individuos a un estilo de vida monástica; los cuales responden libremente a la fuente de la unidad, que es la acción del Espíritu Santo en la Iglesia hoy. Pero cada persona responde según sus propios dones, según sus propios talentos, que necesariamente forman parte de su carisma. Me parece que esto es un misterio. Ningún carisma o vocación se puede describir como estático, una vocación es una semilla que debe crecer. Al término del Prólogo de la Regla y de nuevo al término del capítulo séptimo, San Benito enseña que aunque la observancia monástica parezca siempre la misma, la motivación interior del monje, debe crecer de motivos menos puros a motivos de amor perfecto para Cristo. Así nos muestra San Benito, que consideró la vida monástica no como algo estático, sino como algo siempre en crecimiento. Por eso, la base del pluralismo se encuentra en primer lugar en los dones y talentos diversos de cada monje que constituyen su propia personalidad monástica, su propio carisma, y que deben cambiar en un proceso de crecimiento continuo.

SEGUNDO CÍRCULO:- Sin embargo, sabemos que ningún carisma se da para sí mismo, sino para la construcción de la *koinonía*, comunidad. Un monje debe estar convencido que no puede crecer en su vocación, esto es, que su carisma no puede realizarse, si no es a través de la comunidad. Su carisma personal debe contribuir al crecimiento espiritual de la comunidad, por consiguiente, me parece evidente que el peligro más grande para el pluralismo falso dentro de la misma comunidad es el aislamiento. Si un monje cenobita no se mantiene en comunicación real y espiritual con la tradición monástica viviente que es su comunidad, y si no crece en y a través de ella, no puede desarrollarse en la totalidad de su carisma monástico, aunque contribuya a la sociedad como persona profesional. La causa de tal aislamiento se encuentra tal vez en un egoísmo o una estrechez mental y espiritual. Por naturaleza cada uno de nosotros es pluralístico, es decir, tiene varios talentos y dones. Ciertos momentos de la vida o circunstancias particulares, exigen que para construir la comunidad debamos revelar un aspecto específico de nuestra personalidad, y otros momentos, otros aspectos. Por eso se necesita hoy para los novicios una formación con más flexibilidad, más generosidad, más *kénosis*, especialmente en un mundo como el nuestro que cambia rápidamente.

Pero no existe una vocación monástica que no se refiera a una comunidad específica, en este sentido se puede hablar en sentido amplio del segundo círculo: carisma de cada comunidad. Cada comunidad tiene sus propias cualidades, el resultado de su propia historia, de su propia tradición, de las personalidades de sus miembros. Y es en modo particular el resultado de las exigencias de la localidad donde se encuentra. Pero, una comunidad no es estática, sino que tiene su propio proceso de crecimiento, porque los miembros cambian, la comunidad debe padecer sus propios cambios. Si la comunidad desea crecer, debe mantenerse en comunicación constante con la Iglesia local. De nuevo el peligro es el aislamiento, por eso, el carisma de cada monasterio será diverso, y estará siempre en un proceso de crecimiento, según las exigencias del tiempo y del lugar. El carisma del individuo debe contribuir a la construcción de una comunión siempre en cambio.

A este respecto, vuelvo a decir que me parece que la formación de nuestros monjes exige más generosidad y flexibilidad (un monasterio urbano debe poner el acento, en cuanto a la estabilidad, en

las relaciones profundas entre los miembros más que en un lugar físico). Aunque se dijo ayer, con razón, que la imagen del monje en su búsqueda de Dios se caracteriza por la carencia de finalidades secundarias, sabemos en la práctica que cada monasterio debe trabajar y por eso asumir apostolados y obligaciones pastorales según las necesidades de tiempo y lugar. El peligro consiste en eso: los tiempos cambian, las exigencias se transforman, pero los monjes no son capaces de adaptarse a la nueva situación. Muchos monasterios mueren no porque la observancia no sea buena, sino porque se atan a finalidades secundarias y anticuadas que ya no contribuyen a la edificación de la *koinonía*, de la Iglesia local.

TERCER CÍRCULO:- Existe también el papel, o si se puede decir, el carisma del monaquismo como tal en la Iglesia universal hoy. Es fácil para los monjes perder una visión de las necesidades de la Iglesia universal por consiguiente de no correr el riesgo necesario cuando y donde la Iglesia siente la necesidad de la vida monástica: puede ser una fundación nueva, que asuma un nuevo apostolado conforme a un modo particular de estilo de vida monástico. Pienso por ejemplo, en los pocos monasterios que respondieron a la súplica del Papa Pío XI para un trabajo ecuménico en favor de los ortodoxos y más intensivo entre los monjes no cristianos. De nuevo un aislamiento de los problemas y de las necesidades de la Iglesia puede ser una falta de crecimiento.

Recapitulo: Veo el pluralismo como el resultado del encuentro de diversos carismas o papeles de los individuos, de los monasterios y del monaquismo como tal, y que cada carisma debe crecer y puede crecer solamente cuando está en comunicación espiritual con estos tres procesos de crecimiento.